

## VI

Aleluya de la escuela. — De lo que en ella aprendió Estebanillo.  
De lo que no aprendió y de lo que no pudo aprender.

Aquel don que de modo tan claro, tan sorprendente y tan razonable demostraba tener Estebanillo para el comercio, no se podía dejar perder, á menos que el abuelo, los padres y todos juntos estuviesen locos, y lo que es locos no lo estaban; cualquier cosa estarían menos locos.

— La planta que no se cultiva — había dicho el señor Esteban, dejándose llevar sin querer por las sendas de la poesía —, la plantá que no se cultiva, no crece. La tomatera necesita agua, y toda clase de verdura necesita abono y trábajo. El comerciante que no sabe de números es como flor sin aroma, y si no damos á Estebanillo el abono de los conocimientos que necesita toda persona que se quiere dedicar á producir, será eso: será una flor (lo de la flor le había gustado); será una flor de mercería que no llegará á dar semilla, y sin semilla perecen las casas y los establecimientos se hunden.

Toda esta tirada poética, en boca del señor Esteban, quería decir, traducida en prosa, que Estebanillo debía ir á la escuela.

¡Ay, sí! ¡Tenía que ir á la escuela! Por muy comerciante que nazca un hombre, no puede menos de ir á la escuela. Es el fielato moral para entrar en el comercio de la vida. Es el arma de paz más segura para hacer la guerra á los demás hombres. Es la espada intelectual con que arman caballeros á los niños para hacer de ellos héroes ó bandoleros, según el modo con que de ella se sirvan, y la criatura moderna, por muy entre botones y carretes que nazca, ha de adquirir instrucción si no quiere perder los botones y los hilos.

El señor Esteban sabía de una escuela que casi no era escuela; una casa de instrucción práctica, serena, metódica y concisa; una escuela en la cual no enseñaban retóricas, ni fleurys, ni urbanidad, ni doctrina, sino tantó es tanto, y multiplicado por tanto da tanto; donde no hacían perder el tiempo con quebraderos de cabeza, ni con historias del pasado, ni con horóscopos del porvenir, sino miremos hoy para mañana, y dejémonos de pasados; donde no llenaban la cabeza á los niños con letras puestas á lo largo, sino con números puestos á lo alto; y él mismo le llevó.

Esta escuela modelo estaba en la calle de los Flagaders. Para entrar en ella había que pasar por un patio lleno de jaulas de todos tamaños; pero no eran jaulas de ruiseñores ó de calandrias las que había en aquel patio (los menestrales de aquella calle no estaban por cantilenas). Las jaulas eran de animales co-

mestibles; de conejos y gallinas en capilla que esperaban turno para ir á la plaza. Más adentro, se pasaba un corredor obscuro y se entraba en una escalera sucia, y arriba había dos puertas que daban á un descansillo; en la una vivía un comerciante de quesos al por mayor y en la otra estaba la escuela de estudiantes al por menor.

Una vez dentro, había dos salas, además de las habitaciones. La primera era la de recibo, la de dejar las gorras y las carteras, la de quitarse el barro de los zapatos y la de dar los «buenos días»; y la segunda era la clase: cuatro bancos, sus pupitres correspondientes, un gran encerado como único cuadro, y como única luz la que entraba por una ventana que daba á un patio de donde venía un ruido extraño; un rumor de fuente de dinero que fuese manando acompasadamente; un sonido de plata que cayese y un «pam-pam» seguido que parecía un canto tenebroso: era el canto de la fábrica de moneda que trabajaba allí detrás.

Aquella canción metálica le agradó mucho al señor Esteban. «El niño que va creciendo á este son, por fuerza ha de tener buenas ideas, y la escuela que por altar pone el encerado, por fuerza ha de tener buenos principios», dijo el abuelo de Estebanillo, y llamó en seguida al maestro.

El maestro no era un maestro como casi todos. Era un maestro que no era más que medio maestro. Además de educar chiquillos, para hacer de ellos buenos comerciantes, había llegado á aprender, enseñando-

selo á sí mismo, que una cosa es enseñar el negocio y otra cosa hacerlo por cuenta propia, y que quien predica la doctrina no le saca tanto jugo como quien la sigue, y había repartido el tiempo entre los niños y la Bolsa... Por la mañana educaba chiquillos y por la tarde jugaba al alza. Si el papel subía, ganaba las diferencias del subir, y si subían los niños no había diferencia para él; así es que aquel encerado le servía más para echar sus cuentas que para enseñar Aritmética á los discípulos.

Con maestro de esta especie pronto se entendió el señor Esteban.

— Señor maestro — le dijo después de saludarle —, aquí le traigo á usted á Estebanillo; y Estebanillo es mi nieto, para servir á usted. Quiere ser comerciante como su padre, como su abuelo, como el mío, como todos los de nuestra casa. No le enseñe usted muchas cosas, no señor. Los que saben demasiadas cosas se distraen del negocio, y nosotros no queremos que se distraiga. Por ahora nada le distrae. Siempre está fijo en la estantería. Incúlquele usted buenas ideas, y ya sabe usted lo que quiere decir buenas ideas: mirar hacia donde pasan los cuartos y seguirlos, y detenerlos honradamente, y después saberlos guardar para que no se los lleven otros. Que aprenda poco, sobre todo...

— No tenga usted miedo, que no aprenderá cosa.

— Que aprenda poco, como usted comprende, quiere decir que aprenda poco, pero práctico. Con las cuatro reglas tiene bastante, y quien dice las

cuatro reglas, quiere decir sumar y multiplicar, que el restar y el dividir ya es un adorno, un lujo sin el cual, en resumidas cuentas, también podría pasarse.

— ¿Usted debe de ser de este barrio, verdad?

— Para servir á usted. Soy de la Plaza del Cuartel. Fundador de «La Puntual».

— Ya lo sabía ó me lo figuraba. Todos los padres de este barrio vienen buscando lo mismo: las cuatro reglas. Esté usted tranquilo. Deje usted aquí al muchacho, que no se distraerá con nada. Tenemos montada la escuela de modo que aunque se quisiera distraer no podría.

En vista de lo que le decía el maestro, el señor Esteban dejó al muchacho, y Estebanillo entró en clase.

Entró en clase, y en la clase nadie se enteró de que entraba, no sólo por la prudencia que tenía Estebanillo, sino porque los cincuenta que había en aquella especie de clase eran cincuenta Estebanillos más de la misma especie. Todos tenían el mismo color, de género descolorido, de saldo, de niño-conserva; todos tenían los mismos ojos: ojos medio cerrados, que no se atrevían á abrirlos á la vida por miedo de que la vida se les colase dentro; todos llevaban el cabello lo mismo, rapados como quintos, y la misma ropa: una blusa de azul ceniza y una gorrita de uniforme que uniformaba la frialdad de la medianía, la nivelación del rebaño y la tristeza de niños del hospicio que gastasen el lujo de tener padres y madres.

Estebanillo empezó á deletrear. De la *a* á la *b* y de la *b* á la *j*, no paró hasta la *z*, con una perseverancia comedida. Hubo letras que aprendió de prisa: la *r*, la *n* y las que se dicen más á menudo; había otras que no le podían entrar: las inútiles, la *h* y la *k*; las que tenían forma artística las decía de mala gana; pero unas más y otras menos, llegó á aprenderlas todas, y después á juntarlas, y después á leer poco á poco, y de aquel poco á poco no pasó. Se vió claramente que por años y años que estuviese leyendo no leería más de prisa. Había llegado á la meta.

Había llegado á la meta, y se veía que los otros compañeros habían llegado lo mismo que él. Nunca las letras eran más que letras para aquellos compañeros de escuela. Signos para deletrear; y una vez aprendido el deletreo, ya no sabían lo que decían. Leían de carretilla la doctrina para no saber lo que habían leído; leían un poco de Fleury para olvidarlo en seguida; leían una lista de reyes envenenados ó asesinados, que tanto les daba el que se hubiesen muerto como el que continuasen viviendo; unas reglas de urbanidad que no habían de emplear nunca, y cuatro nombres geográficos de pueblos que, como no habían de ir á ellos, no se tomaban el trabajo de buscarlos. El señor Esteban podía estar tranquilo. Á Estebanillo no le estorbaría el saber para el negocio.

Además, que en cuanto á la letra, había entrado en ella, pero con medida. No es que fuese desaplicado. No lo era; al contrario: cumplía con su obligación y no faltaba á la hora, se fijaba, tenía voluntad; pero

está visto que en él no cabían extremos. Era un reloj Estebanillo: si le daban cuerda, andaba; y si no, se quedaba parado. Nunca había echado un borrón, pero nunca tendría buena letra; no desperdiciaba tinta, pero no llenaba planas; nunca llegaba á enfadar al maestro, pero nunca le dejaba satisfecho; ni se reía de él ni le hacía caso.

Es verdad que todos hacían lo mismo en aquella escuela. Ni atender, ni escandalizar; ni distraerse ni estar absortos en el trabajo. El estudiar para todos era una carga, un castigo que tenían que sufrir, como quien se vacuna ó quien pierde los dientes ó los muda. Todos estaban resignados, pero mustios, como esos perrillos amaestrados que cuando ya tienen la comida en la boca no se atreven á menear el rabo, porque toman el sabor por castigo. Aprendían por cumplir, por acabar de una vez; pero ellos, que cuando estaban en la calle parecían una bandada de golondrinas, una vez encerrados delante de los libros parecían pollos mojados, codornices encerradas en una jaula, picando los hierros para ver de encontrar la salida.

Como se ve, la escuela era práctica. Práctica hasta para Estebanillo, que en vez de nervios y venas parecía tener hilos y cintas. Práctica para morir dentro de ella de aletargamiento y de tedio.

Sólo algún día á la semana, cuando el 4 por 100 bajaba y el maestro había perdido y se iba á la pizarra y hacía trabajar á los discípulos, había un poco de fiebre. Mientras rascaban con el yeso y hacían

números y números arringlerados de alto abajo, al compás del canto de la Casa de la Moneda, pasaba el dios de la suma, y maestro y discípulos miraban, y los ojos grises de aquellos chiquillos se encendían codiciosos y tomaban tonos de oro y plata.

## VII

Poesía del campo. — Paisajes y expansiones. — Armonías de la Naturaleza.

Naturalmente que al salir de la escuela, de aquella escuela aburrida y práctica, los niños sentían deseos de ir á correr. No todo ha de ser encerados en el mundo. En cuanto les abrían la puerta no necesitaban avisos, ni órdenes, ni mandatos para correr escaleras abajo y volar, enjambre de menestrales. Aquella calle de los Flaçaders la corrían de punta á punta, gritando á todo gritar, como si les persiguiesen enseñándoles la cartilla. Querían aire, cielo, luz de azul, y sobre todo verde: un poco de paisaje que les arrancase la tela gris que se les había puesto en los ojos de tanto mirar por tragaluz.

Eso sí, el paisaje donde iban á solazarse, tendero se necesitaba ser para tomarle por paisaje. Era un páramo el tal paisaje, la explanada de la ciudadela. Era un prado sin árboles y con hierba corta, pisoteada, plana, prensada y hasta masticada por rebaños que iban al matadero; eran campos de solar, sin flo-

res ni ganas de florecer; eran campos de munición, de fusilamiento y de guerra urbana. Aquí y allá, como de desecho, una fila de aspilleras llenas de pedruscos; al lado, los fosos llenos de cardos y ortigas, de hierba seca y de agua estancada; encima, la cortina de murallas color tierra de plomo, con bardales sucios y plantas regadas con el rancho que sobraba de las cantinas; por los rincones, pedazos de cuero, desperdicios y cosas que no eran desperdicios; y como figuras para aquel fondo, para alegrar la perspectiva, soldados en fila haciendo el ejercicio, gitanos esquilando perros, mendigos sentados al sol y mujeres pobres rodeadas de chiquillos sucios.

No. Aquel parque militar casi no era paisaje. Los niños iban allí porque no tenían otro adónde ir; pero no podía ser de esparcimiento lugar del que huían los pájaros y en que las ordenanzas de la guerra no dejaban crecer árboles ni permitían sombra.

Iban allí, y en llegando corrían, y cuando habían corrido, volvían á correr, y volvían á correr después de haber corrido, como si diesen limosna á las piernas para el tiempo en que habían de estar sentadas ó detrás del mostrador. Á veces había uno que gritaba, y los otros, no sabían por qué, se ponían á gritar con él, y era un clamor que resonaba más allá de las murallas, como si sacasen á libertad la voz que después habrían de encerrar, esclavizados por la prudencia. Á veces se pegaban unos con otros, sin motivo, como si quisieran repartirse los golpes que habían de recibir al volver á su casa, al nido de estantes,

y muchas veces armaban pedreas contra otros muchachos, contra el viento, contra las nubes, contra todo, sólo por el placer de tirar piedras y devolver las que recibían.

Estebanillo seguía estos juegos por rutina. Iba con sus compañeros, pero no sabía por qué. No había venido al mundo ni para hacer mal ni para hacer bien. No tenía más que doce años, y ya era prudente, ya era callado; aun no había podido aprender ni á reír ni á jugar, ni á tener amigos ni enemigos. Todo lo hacía como los demás, pero lo hacía á medias. Si los otros gritaban, él hacía coro, pero sólo gritaba á media voz; si tiraban piedras, también las tiraba él, pero sin ganas de hacer daño, y reculando si podía. Si jugaban al chito y ganaba, dejaba de jugar por no perder, y si perdía, por no perder más. Si hacía sol, se ponía á la sombra, y si caían gotas, se iba á su casa.

Y que ya podían estar lejos, ya podían tener gresca armada los compañeros, ya podía estar hermoso el sol, ya podía ser azul la luz: en siendo la hora de volver á casa, á casa se iba á toque de reloj, ni despacio ni de prisa, á paso seguidito, metódico, acompasado, recto como el andar de los quintos.

Con aquella «toma» de paisaje, que sólo tomaba los jueves, no hubiera bastado para curarse el mal de frío de la tienda si Estebanillo no fuera Estebanillo. Pero ni los árboles, ni las montañas, ni los valles, ni los ríos, ni las cascadas se habían hecho para Estebanillo, ni para tantos Estebanillos de jaula como encierran las grandes ciudades.

Una explanada era fondo apropiado para quien había nacido entre trencillas. Las explanadas son las trencillas del paisaje; y si á Estebanillo le hubiesen llevado á la cima de una montaña y le hubiesen enseñado la llanura con sus hondonadas de misterio, hubiera tenido el vértigo de lo amplio y hubiese pedido á voces la tienda con sus cajones y cajoncitos.

Dios ha debido hacer el mundo para todos los hombres; pero los hay que quisieran alas para volar de una punta á otra, y los hay que si alas tuviesen las pondrían á réditos.

Estebanillo ni una cosa ni otra: era el término medio del vivir.

## VIII

Poesía administrativa. — Donde se vuelve á ver claramente que siguen pasando cosas que no valen la pena de contarse, pero que á pesar de todo contaremos por la fidelidad de la aleluya.

Por tardo que fuese en aprender lo que le enseñaban, Estebanillo, á fuerza de ver números y más números, llegó á lo que no podía menos de llegar: á aprender las cuatro reglas.

¡Adiós juegos! ¡Adiós explanada! ¡Adiós verdores y adiós pedreas en cuanto las supo!

Con las cuatro dichas reglas y una letra fija y clara y unos cuantos conocimientos de añadidura, ya era hora de entrar detrás del mostrador. Los mostradores no tienen espera.

Habían pasado catorce años desde el día señalado en que pintaron de nuevo la tienda, y catorce años y tres meses desde que Estebanillo vino al mundo, pero allí no había cambiado nada. El señor Esteban de cuando en cuando, como abuelo, como socio, como fundador y como hombre práctico, continuaba echando una mirada á la casa. El señor Ramón, como padre,

continuaba estando al frente de la administración general; su mujer, Rosita, detrás del mostrador, no había engruesado más porque la piel no le daba más de sí; la señora Pepa, ¡la pobre!, seguía con tan poca salud como siempre, pero más vividora que nunca; la mujer del señor Esteban, envejeciendo todos los días, pero sin acabar de envejecer nunca; la señora del principal, bajando y volviendo á bajar; el señor Forment, en su sitio á las horas de sillón; las tres Marías, en comandita, tan solteras como el primer día, y de hábito crónico, como siempre, y la Pepeta, creciendo con la moderación de crecimiento con que era preciso crecer en aquella casa.

Este es el inventario tocante á las personas, que en cuanto al negocio, también había ido creciendo, y también con moderación. En género, en papel, en ahorros y en pagarés, tenían unos cuantos miles de duros, sin contar con los que guardaba el señor Esteban dentro de los secretos de la caja, que seguirían siendo un secreto hasta el día desgraciado en que el Señor le llamase; tenían crédito, tenían parroquia y tenían ese empuje comercial que hace que cuando ya el negocio marcha continuaría marchando bien aunque no le cuidase nadie. Así es que Estebanillo entraba de cara en «La Puntual», y se le presentaba un porvenir sin dificultades ni obstáculos si él tenía perseverancia.

De su entrada en el manejo del negocio, es preciso hacer constar un hecho capital en aquella vida interior; un hecho que marcaba época en la vida de la

casa; un acto para el que fué necesario celebrar dos ó tres consejos de familia hasta tomar una determinación: «La Puntual» se subscribió al *Brusi* (1), prueba clara y contundente de que Estebanillo al entrar en el negocio traía ideas de progreso.

Lo primero que hizo el nuevo socio fué hacerse cargo de los libros, del borrador y del libro de Caja; desde aquel día en adelante, no sólo estaban bien de cuentas, sino que se hubieran podido exponer en «Los Amigos del País» como cosa primorosa. Aquello no eran libros, eran estampas: un *macassar*, un bordado, una décima; jamás se ha hecho cuadro de cabellos con rayas tan perfiladas ni números tan bien avenidos como en aquellas páginas de los libros. Después dió un repaso al género, y como era hombre de progreso, quiso que el escaparate fuese una exposición permanente. Nunca se ha visto más fantasía que la de aquel escaparate. Allí pirámides de medias; allí el Partenón de carretes, con un botón encima de cada carrete; allí filas de ovillos formando la escala de Jacob, con una estrella de alfileres, con una cola de algodón que caía graciosamente por el cristal, terminando en un cuerno de la abundancia, de donde rebosaban ganchillos, ovillos, madejas, gorras de niño, mitones, zapatillas y calcetines, tan bien combinados los colores que acababan por deslumbrar. Era un escaparate que podía exponerse sin que desmereciese de ninguno en una exposición de un

(1) El *Diario de Barcelona*.

«Fomento». Después del escaparate aprendió á arreglar los estantes: un letrerito en cada uno con el número y el bautismo, el pasaporte y la cédula; y, por fin, después de la estantería, el trato, el trato que es preciso tener con las parroquianas; una docena de frases, que aunque fuesen siempre iguales, nunca dejaban de hacer efecto. Á la una un «buenos días» con sonrisa; á la otra una sola palabra, pero bien dicha; á las gruesas un «ha adelgazado usted»; á las bajas aquello de «la mujer chiquitita es un regalo»; á las viudas un «¡qué se le va hacer!»; y á todas un chiste para hacerlas quedar con la boca abierta y aprovechar el momento para darles una cuarta menos de género.

El padre, el abuelo, la madre, la otra abuela, hasta el señor Forment y las tres Marías estaban desconcertados, admirados, asombrados, al ver aquella prudencia, aquel tacto, aquella sumisión de un muchacho que al año ó menos del año de estar detrás del mostrador ya era más tendero que nadie. Ellos, el señor Ramón y el señor Esteban, sí que habían tenido «querencia» á no moverse de la obligación, pero habían echado su canas al aire cuando tenían su edad; una vez el señor Esteban, á los quince años, pasó dos noches en Villafranca porque era la fiesta mayor, y un día el señor Ramón había tenido la tentación de comprarse una boquilla, que le había costado catorce pesetas, y que aun tenía guardada; pero Estebanillo era un portento: ni tenía intenciones de fumar, ni ganas de salir, ni de correr, ni ninguna de esas



expansiones que pierden á tantos y tantos jóvenes.

La vida que hacía aquel muchacho era de santo, de un santo hecho á fuerza de hilos y cintas. Se levantaba, daba los buenos días aunque los demás estuviesen durmiendo y abría el escaparate. Una vez abierto, miraba afuera y salía para airearse : seis veces arriba y abajo delante del cuartel, y cuando había dado las seis vueltas se volvía á la tienda. Tomaba chocolate, y al mostrador; comía, y otra vez al mostrador; cenaba, y vuelta al mostrador, y no se movía del mostrador más que para ir á ver los libros.

El domingo, á las ocho, á misa; á cumplir y á seguir el ejemplo que le habían dado sus padres; á las doce, como siempre, á comer; en comiendo, á paseo á la explanada ó á los alrededores de la explanada, y si estaba cansado se sentaba en la tienda y miraba al cuartel y contaba las ventanas tres ó cuatro veces, las dos primeras para contarlas y las otras dos para comprobar si le había salido bien la cuenta.

Y esto todos los días, todo el mes, todo el año, siguiéndose las horas á las horas con la puntualidad del rótulo que regía el establecimiento; y esto á los quince años, y á los diez y seis, y á los diez y siete y en plena primavera; y eso en la edad en que el corazón estalla y cada risa es una flor; y eso en las puertas de la vida, cuando las ilusiones están en una cumbre y el alma tiene ansia de subir á ella.

Sí; podían estar satisfechos del muchacho. Aquello no era un muchacho, era un símbolo; tenía perseverancia, tenía moderación, tenía el don de ahorrar, y

el que en la edad de robar manzanas del árbol de las ilusiones piensa en la manzana para la sed, más que un joven es un viejo.

¿Es que tal vez no hay primavera para los esclavos de la fortuna?

Sigue y lo verás, si tienes paciencia para seguirme:

## IX

Veinte años. — Primavera. — Juventud. — Ilusiones.  
El primer beso.

¡Estebanillo cumplió los veinte años! Si no se tratase de Estebanillo, sólo con decir ¡veinte años! ya el lector adivinaría que vamos á hablar de amor, de esperanzas, de deseos, de todo ese enjambre de visiones que teje la juventud en el telar de sus sueños.

Si no hablásemos de Estebanillo en esta aleluya nos asomaríamos al balcón y veríamos ir pasando la procesión de ilusiones con todas sus luces. Pasarían las noches de luna, las *caramellas*, los *cantaires*, la flor que cae de la ventana y la mano que la coge y se la lleva á los labios; pasarían ojos negros, ojos azules, ojos de fuego, repartiendo miradas radiantes á corazones que se encenderían al recibirlas y que quisieran morir recibéndolas; pasarían corazones temblorosos, corazones enfermos, corazones tristes, heridos de una herida de la que no quisieran curar; veríamos pasar las noches de fiebre, de angustia, de deslumbramiento; y como lucecilla de sueño, veríamos tam-

bién pasar el primer beso con cortejo de labios rojos detrás; pero ¡ay! que los veinte años de Estebanillo eran veinte años de calendario, veinte años «fecha», como los pagarés; veinte años de registro civil y de administración económica.

Claro es que tenía sangre en las venas nuestro prudente Estebanillo; pero las venas que toman agua en aquella tienda-cisterna, acaban por criar la sangre como caldo al baño de maría. Claro es que tenía «datos» de las trifulcas del amor; pero por el ejemplo que había visto sabía lo que es el amor: el camino del matrimonio, una como sociedad de hombre y mujer para hacer prosperar un establecimiento en «santa unión», en «comandita».

Claro es que también sabía mirar á una mujer con ojos de juventud; pero en cuanto la había mirado no sabía qué decirle, porque sólo había aprendido á explotarla y á despacharle mercancías, y el despacho no acerca las almas; un mostrador por medio separa más que un nicho.

Claro es que sabía otras cosas; pero no sabía nada de lo que hay que saber á los veinte años: echar flores, decir tonterías, palabras que parezcan versos, sentir ansias de cantar cuando llega la primavera, latidos en el pecho al mirarse dentro de unos ojos negros. Aquellos tres metros de madera le separaban de la vida.

Un día, sin embargo, tuvo una hora disipada y pasó aquel mostrador.

Había ido un escultor á comprar cintas y trencillas,

y como abultaban un poco, Estebanillo dijo que se las llevarían á casa.

Y eso que no vivía lejos el escultor; vivía allí al lado. Vivía en una tienda cerrada, donde se veían entrar jóvenes, mármol, barro y mujeres sospechosas, con extrañeza del vecindario, que no sabía qué pensar al ver entrar á la misma hora tantas cosas distintas. Dentro se oía cantar, tocar la guitarra, ruido de copas y de grésca, y en un barrio de paz como aquél, donde todo el mundo comía á hora fija, y dormía á hora fija, y quería y soñaba á hora fija, aquel ruido á destiempo era cosa extraordinaria.

Hasta Estebanillo había reparado en aquella casa misteriosa, y le atraía con prudencia, pero le atraía. Más de cuatro veces, por la tarde, mientras hacía el solitario con las ventanas del cuartel, se había distraído y había perdido la cuenta mirando á aquella juventud que entraba siempre con la risa en la boca y el sombrero en la oreja, y había sentido tentaciones de saber qué demonios hacían en aquella tienda de algazara, y qué especie de oficio podían ejercer aquellos hombres, para ejercerlo con tanta alegría, con tanto mármol, con tantas mujeres y tanto chocar de copas y botellas..., y por eso se ofreció á llevar el género al escultor, más para curiosear la casa que por ganas de cumplir. Fué la primera vez que la pasión del saber le hizo cosquillas en el alma.

Fué, llamó y entró.

Dentro, la primera sala le pareció un cementerio. Por medio, por los rincones, por las estanterías, no

se veían más que plañideras, matronas al pie de la tumba, ángeles con trompetas de juicio y figuras arrodilladas con un trapo mojado en la cara. No podía llegar á comprender que fuese aquélla una casa de broma.

— Entra aquí el paquete — le gritaron desde otra sala.

Entró el paquete á la otra sala, y allí ya no era un cementerio. No tenía nada de cementerio.

Al fondo, entre una humareda que subía de las pipas y una luz morada que bajaba de la claraboya, había un diván muy ancho, con una mesita delante, y en el diván unos cuantos jóvenes, y cerca de ellos unas cuantas mujeres; y á la media claridad le pareció que había una que estaba sentada, no en el diván, sino en las rodillas de uno de los jóvenes.

— Deja el paquete ahí encima — le volvió á decir la voz.

Y él nada.

— ¿No oyes lo que te dicen? Que dejes ahí el paquete.

Pero Estebanillo no le dejaba. En medio de la sala había una estatua blanca, desnuda, con los brazos en alto, con la cabellera tendida, con la frente coronada de hiedra, con los labios tan frescos y tan vivos que parecían pintados de rosa y de luz de amanecer, y que le daban tanto misterio, que el muchacho... estaba clavado.

— ¿Qué, te gusta esa figura? — le preguntó el escultor.

— Un servidor no entiende, pero... sí, señor; me gusta mucho.

— Pues yo soy — dijo una muchacha de las que estaban sentadas, con aire de vanidad cómica.

— ¿Usted? — dijo él mirándola.

— Sí, yo — dijo ella levantándose y acercándose á Estebanillo —. ¿No me encuentras el parecido?

— No lo sé — dijo; y cuando dijo «no lo sé», los ojos se le fueron de la desnudez de la estatua á la figura de la modelo, y al comprobar la semejanza, que fué á buscar en lo ignorado, una oleada de vergüenza le ruborizó de tal modo la cara, que parecía que todas las venas que se habían estado veinte años quietas se hubiesen desbordado á la vez.

La modelo, que estaba acostumbrada á tratar con gente indiferente, le comprendió el rubor y le dijo:

— ¿Te da vergüenza?

Peró Estebanillo no contestó.

— ¿Cuántos años tienes?

— Nada más que veinte.

— ¿Tienes veinte años y te da vergüenza? ¡Pobrecillo! ¡Pobre criatura! Vamos, acércate y dame un beso.

Estebanillo estuvo á punto de caerse. Retrocedió, se adelantó, buscó la puerta de salida y se le paralizaron las piernas, mientras que en el fondo todos reían, y la modelo saltaba de gozo por trastornar á un hombre sólo con ofrecerle un beso.

— Vamos, déjale en paz, ¡pobrecillo! — dijo un amigo del escultor —. No te metas á pervertir menores.

— ¿Hay menores todavía á los veinte años? — dijo la modelo cogiendo por un brazo á Estebanillo, que forcejeaba por escaparse —. ¿No has querido nunca á nadie?

— Me voy — decía él.

— Dime antes si has querido á alguien — le decía ella para ponerle en un apuro.

— Que me voy, digo. En casa me están esperando.

— ¿Dónde es tu casa?

— Aquí cerca. La mejor mercería del barrio. «La Puntual.»

Al oír aquello todos soltaron la carcajada. El que hubiese una casa que se llamara «La Puntual» cayó como una bomba en aquel rincón de desorden. Miraban á Estebanillo como á un preso desgraciado que llegase de cumplir veinte años de condena comercial, como á un secuestrado de tienda, como á un esclavo de nueva especie, y al mismo tiempo que les hacía reír, les daba compasión.

— Vete, hijo mío, vete y no faltes, ya que eres de «La Puntual» — le dijo uno de los del diván.

— Vete — le dijo la modelo —; pero antes te quiero convidar. Ten, toma una copita por mí.

— Gracias.

— No hay de qué. No tengas miedo. La puedes beber, que no lleva ningún filtro.

— No, señora; muchas gracias.

— Anda, hija, que ya te llaman señora — dijo la que estaba sentada en las rodillas del otro.

— ¿Es decir que no quieres beber conmigo? — repuso la modelo.

— No, señora. Me haría daño.

— ¿No has bebido nunca licor?

— Nunca; le probé una vez y no me gusta.

— Entonces vete. Vete en nombre de Dios. Quien tiene veinte años y no ha bebido, ni ha querido, ni ha visto... escultura, que se vaya de esta casa. Vuelve á tu «Puntual», y memorias.

Y habiendo pronunciado la sentencia, volvieron á reir todos á una; volvieron á encender las pipas, y en cuanto á nuestro Estebanillo, no le dijeron nada más. Cuando se volvieron á mirarle, ya no estaba allí.

Llegó á la tienda corriendo, se metió detrás del mostrador, salió, volvió á entrar, sacó los libros del estante, los volvió á poner en su sitio, removi6 cajas y más cajas con admiración de su madre, que le miraba asombrada; subió, por fin, al entresuelo, y allí en la sala de detrás, encontrando á la Pepeta que limpiaba el polvo, sin decirle una sola palabra ni avisarla, le dió un beso en la boca.

Abajo pedían carretes de los que sólo él sabía dónde estaban, y tuvo que bajar.

Para ser el primer beso, no se había detenido mucho en él.

## X

Las reflexiones del señor Esteban deciden á Estebanillo á ir «á vistas» para pasar al matrimonio.

Aquel beso no tuvo consecuencias. Se le había escapado. Había sido un «lapsus». Si no la hubiese encontrado á ella, se le hubiese dado á una puerta. Había sido una exaltación, una distracción, y una distracción todo el mundo puede tenerla. Los más sabios se distraen y en cosas de más transcendencia. Además, que si él había tomado á la Pepeta por la estatua del escultor, la Pepeta era mayor de edad, mucho más mayor de edad que él, y una muchacha á los veintisiete años que se encuentra con un beso en el camino, aunque sea de golpe y porrazo, no tiene por qué desesperarse, cuando el beso viene de unos labios jóvenes, por Estebanillos y prudentes que sean.

El caso es que ella no se quejó; él no dijo nada, y aquél fué un beso que pasaba, y que por un azar de la suerte le había caído en la boca, y como no hay beso que se pierda, por rápido que hubiese sido, aquél tuvo su influencia.

Ella pensó inconscientemente que la que ha despertado una pasión puede despertar otras, y le entraron pretensiones. Y así como hasta entonces siempre andaba desarrapada, con la falda arrastrando y el pelo atado á nudos, desde aquel momento se mudó, se peinó, se pulió, y hasta un domingo por la tarde se puso un lazo en el moño y se fué á pasear delante del cuartel. Y en cuanto á él, fué otro completamente: en vez de aquel aire tierno que había tenido hasta entonces, tomó un aspecto reposado, de experiencia, de previsión; el aire de desengaño del que ya ha pasado la juventud y conoce los afanes de la vida, del que habiendo tomado á peso el mundo, sabe que el mundo es una farsa para engañar á los que no le conocen.

Así pasó tres años más, haciendo prosperar la casa, eso siempre; llevando los libros mejor que nunca y ensanchando el negocio, pero siempre con un aire de hombre desengañado que no le sentaba bien y le ponía triste, hasta que un día el señor Esteban, que sabía por experiencia que quien hace de hombre es que quiere serlo, llamó á Estebanillo aparte, le hizo subir al entresuelo, cerró las puertas, se sentó bajo los retratos, hizo sentar á su ahijado, y con tono solemne, después de toser, le dijo:

— Escucha, Estebanillo; óyeme bien. Te voy á hablar en nombre de tus padres, en el mío, en nombre del nombre que llevas, y hasta del que representas. Estebanillo bajó la cabeza.

— El día dos de septiembre — continuó diciendo

el señor Esteban —, el día dos de septiembre vas á cumplir veintitrés años. Has pasado la quinta. Hemos pagado. Pagamos al contado en billetes de Banco. Tienes salud. Sabes las cuatro reglas. Estás al frente de la tienda, que ya sabes que va en alza; y tanto te cuidas de todo, que tu padre no se tiene que cuidar de nada y tu madre hasta estorba, y estás en una edad en que el que quiere ser hombre ha de fundar una familia, si quiere ser persona de conducta. No te aconsejaré que te enamores, porque eso de enamorarse trae muchos gastos y poco pan. Te aconsejaré que te cases, eso es; que te cases á plazo corto, con una muchacha modosita, hija de padres comerciantes, trabajadora, económica y que no tenga la cabeza á pájaros; una muchacha de las prácticas, eso es; que lo mismo trabaje en la cocina que despache en la tienda; que te dé una taza de caldo mañana ú otro día que estés enfermo, y que te ayude á bien morir cuando el Señor disponga que te llegue la hora.

Estebanillo aprobaba, y el señor Esteban continuó:

— El soltero que está en una tienda de tanto trajín como la nuestra, está rodeado de peligros, expuesto á una caída, y en cayendo se pierde la salud, y lo que vale más que la salud, el crédito y la reputación. El hombre soltero es un terreno sin edificar. El hombre casado, si está bien casado, es un huerto de regadío que produce el diez por ciento, y va doblando los intereses con los hijos que da la finca. Resumiendo: ya sabes que te aprecio; que te he dado

nombre; que te he dado la casa; que no me voy haciendo viejo, porque ya lo soy, y que querría verte casado. Piensa un momento lo que te digo, y contesta como contesta un hombre.

—Contesto — respondió Estebanillo que ya venía rumiando la cuestión hacía tiempo —, contesto que lo que usted quiera.

— Muy bien, Estebanillo — respondió el señor Esteban con cara de satisfacción —. Veo que te pareces á los tuyos. Y ya que te pareces á los tuyos y eres práctico, y aquí todos somos prácticos, hablemos menos, y al grano; y eso del grano, no lo digo por decir, porque la que te tengo destinada es la hija de un comerciante en cereales. Tus primas me han hablado de ella; me he informado; tengo buenos informes comerciales; sé que le dan cinco mil duros el día que vaya al altar; y en cuanto á las prendas físicas, á ti te toca examinarlas y me parece que te gustará. Es un poco flaca, eso no lo niego; pero á las mujeres bien casadas, el matrimonio les engorda, y si tan bien casadas están llegan hasta á engordar demasiado.

— Yo la quisiera ver, padrino — se atrevió á decir Estebanillo.

— Estás en lo justo — dijo el padrino —. No sólo tienes que verla, sino que tienes que tratarla. Al fin y al cabo, con la mujer tiene uno que vivir toda la vida, y por buenos informes que se tengan, siempre está bien haberla conocido, para que no le den á uno gato por liebre. Hazte ropa nueva; la ves y le dices

lo que haga al caso. Háblale como debe hablar un joven que quiere hacerse querer; que vas por esto y por lo otro; que si tal que si cual, y cuatro palabras de cariño, y en cuanto á lo del contrato matrimonial, ya nos cuidaremos nosotros de ello.

Después de esta conferencia, Estebanillo se compró ropa: un traje de paño negro, un sombrero de fieltro negro, botas, ropa interior y corbata. En cuanto tuvo la ropa se mudó; los padres subieron á verle en cuanto estuvo vestido, y entre contento y pensativo se fué á casa de las Marías, que es donde tenía que ir á vistas.

Por el camino quiso reflexionar. ¿Le gustaría? ¿Sería fea? ¿Se parecería á la estatua? ¿Si no le gustaba, podría librarse de ella? ¿Se tendría de declarar? ¿No la encontraría ya declarada?... Pero le hacían tanto daño las botas, que se dejó de reflexiones, y cojeando y como pudo, llegó á casa de las Marías.

La muchacha aun no estaba allí, y con tres sonrisas de inteligencia que querían decir: «¡Ah!, buena pieza, ya nos puedes estar agradecido», le hicieron entrar en la sala de recibo.

La sala era una sala de virtud. En las paredes, cuatro cromos que representaban cuatro santos: San Roque, Santa Tecla, San Cipriano y Santa Margarita. En una capillita de caoba, la Divina Pastora con un rebañito de corderos de algodón; al lado otra capilla hecha de papel Bristol, que representaba trabajo de dos años; más allá un santo que había sido obispo, y que debía ser San Agustín, y en medio de la sala un

retrato que no era de ningún santo, pero que lo parecía: era el padre de las Marías (que Dios tenga en gloria), que debió retratarse estando ya sin esperanzas de vida, y que tenía una amarillez de glorioso bienaventurado que daba devoción verle.

Sentado Estebanillo en el sofá, las tres Marías, todas á un tiempo, le hablaron de la muchacha con fruición de casamenteras. Se llamaba Tomasita, según le fueron explicando; tenía veintitrés años, sin quitarse ninguno; los mismos años que él, pero los llevaba mejor que él; era un ramo de flores, de buen genio, seria, despachada, poco habladora, tranquila. Sabía sacar dinero aunque estuviese en el Banco de España, y sobre todo tenía un don: unas manos que no eran manos, eran cucharas de plata, que lo mismo hacían la colada que un bordado á realce, de esos que se llevan los ojos detrás.

Estebanillo oía y hacía una mueca extraña, que ellas creían de aprobación, y era que le hacían daño las botas, cuando llamaron á la puerta.

Ya estaba allí; no podía ser más que ella, y lo era.

Estebanillo al oírla se levantó; ella entró con las manos cruzadas, y se quedaron frente á frente; él delante del sofá, con los brazos colgando, la cabeza torcida y los ojos medio entornados, y ella en el umbral de la puerta, con dos ojitos azules, de azul claro, puestos en una cara pálida como dos alfileres clavados en un acerico amarillo, y cambiaron una mirada que no podía confundirse con nada. La de Estebanillo decía: «Menos mal, peores las hay», y la de

ella: «Ya te he tomado la medida. No eres como te hubiera querido, pero puedes pasar.» Y una vez que se hubieron visto, se dieron la mano, y ya no volvieron á mirarse. El «hoy hace buen tiempo»; el «ya cambiará», el «calor», el «frío», el «vaya, vaya», el «de todos modos», el «sí, sí», el «como íbamos diciendo», sin haber dicho nada, fué toda la conversación que tuvieron en aquella entrevista.

Suerte que las tres Marías, con una vecina cariñosa que acompañó á Tomasita, hablaron sin decir nada más de dos horas seguidas, y suerte que ellos podían oír y callar ó ir diciendo que «bueno», ó que «sí» ó que «no».

Al marcharse, él le dijo:

— Nos volveremos á ver... antes, ¿verdad?

Este antes quería decir antes del día de la boda.

Y ella respondió:

— Cuando usted quiera, Esteban.

— Mañana que es fiesta, y salgo por la tarde — dijo él lanzándose.

— Pues mañana — dijo ella.

Y se volvieron á mirar, para darse un último repaso y no perder detalle.

Cuando salieron á despedirla, las primas le preguntaron:

— ¿Qué te ha parecido Estebanillo?

— Puede pasar — contestó ella.

— ¿Y á ti? — le preguntaron á él en cuanto volvieron á la sala.

— No tiene pero — dijo él.



Y con esta buena impresión ella se volvió al almacén de granos y él á la tienda.

El abuelo, los padres, el señor Forment, la señora del principal y Pepeta le estaban esperando en el entresuelo.

Llegó hecho una lástima.

Le hacían preguntas, y nada. Corría buscando una silla y se sentó gimiendo.

— ¿Pero qué tienes? ¿Te ha salido mal? — le preguntaban todos á un tiempo.

— ¡Las botas! Me hacen daño las botas.

— ¡Sí que hacen sufrir unas botas estrechas! — dijo el señor Ramón.

— Bien: ¿pero ella qué te parece? ¿Cómo es? ¿Te ha gustado? — dijo el señor Esteban.

— Ella — dijo él respirando, después de haberse descalzado — la encuentro delgada, pero graciosa.

¡Graciosa! Eso de graciosa, en boca de Estebanillo, era toda una declaración.

Nunca se había atrevido á tanto.

Indudablemente serían felices.

## XI

El idilio de Estebanillo.

Estebanillo aquella noche, en cuanto se metió en la cama, pensó que el paso que había dado era muy serio, y que convenía no dormirse en seguida y reflexionarlo un poco. Además tenía que declararse. Siempre había oído decir que los que se tienen que casar se declaran, y él no quería ser menos, sino hacer las cosas como deben hacerse. Así es que pensó una declaración, y otra, y otra, y como no encontraba ninguna perfecta, lo dejó para el día siguiente, y se quedó dormido. Había tardado en dormirse un cuarto de hora más que todos los días.

Á la mañana siguiente hizo lo de siempre: abrió, despachó, comió, y cuando le pareció que ya era hora se volvió á poner aquel traje negro y se fué á casa de las Marías. Eso sí, se puso las botas viejas.

Para poderse declarar bien no quería estar cohibido.

Tomasita ya le estaba esperando, y al entrar y dar-